

Peramo, Carlos. *Media vuelta de vida*. Barcelona: Bruguera, 2010. 524 p. ISBN: 978-84-0242-114-2.

Me siento a escribir esta reseña sobre la última novela de Carlos Peramo con el debate sobre la pena de muerte en Estados Unidos como telón de fondo. La polémica se reabre tras la ejecución en el penal de McAlester (Oklahoma) de Clayton Lockett, el cual, debido a un fallo en la administración de la inyección letal que se le suministró, tardó 43 agónicos minutos en morir. La controversia que la cruel muerte de Lockett ha despertado en Estados Unidos no se ciñe solo a las cuestiones éticas en torno a esta cruel manera de terminar con la vida de un preso; a la polémica se han sumado las voces de aquellos que, apoyando la pena capital, argumentan que lo único modificable debe ser el método mediante el cual se lleva a cabo la sentencia, de tal manera que abogan por instaurar la efectividad instantánea del batallón de fusilamiento o el método, más terrible si cabe por las connotaciones históricas para Estados Unidos, de la horca. Saco a colación este debate porque sobre la pena de muerte o, mejor dicho, sobre los verdugos o ejecutores, gravita la última novela del escritor Carlos Peramo *Media vuelta de vida* publicada por Bruguera. Aunque la trama principal se sitúa en un barrio obrero de la Barcelona pre-olímpica, el relato se adentrará también en la España oscura del franquismo cuando el garrote vil, un collarín de hierro cuyo mecanismo torcía hasta partir el cuello del condenado, era práctica habitual en la aplicación de la pena máxima. “Ejecutor de sentencias” era el eufemismo con el que se conocía a los verdugos encargados de aplicar la pena de muerte en esa España de la pobreza y del hambre en la que verdugo y ajusticiado compartían muchas veces la misma mísera procedencia social.

Al igual que en su anterior novela, *Me refiero a los Játac* (2007, II Premio de Novela con Ana María Moix al frente de la editorial y otorgado por Ana María Matute como jurado), en *Media vuelta de vida* el pasado no es un tiempo ya concluso y remoto sino que aparece filtrándose en el presente. En esta última novela, la trama se va desarrollando mediante un interesante juego de oscilación temporal que permitirá relacionar ambas épocas a través del interés que suscita en el joven protagonista, Ángel Daldo, el misterioso Tancredo Linares, uno de los trabajadores del ladrillar en el que Ángel y su padre trabajan. Por supuesto, la España de Ángel, esa España de finales de los ochenta, supone un escenario muy diferente al truculento país que fue

la España de postguerra en la que creció Linares, cuyo padre se convirtió en verdugo en un contexto que no le ofrecía más opciones que matar para no morir de hambre. Sin embargo, aunque pareciera que se nos habla de dos Españas diferentes, dos mundos tan alejados que poco podrían tener en común, el personaje del joven Ángel, apodado por sus amigos “Angelito de la Muerte”, sirve para ir trazando intersecciones entre ambos momentos a través de la curiosidad que despierta en él el misterioso Linares. La naturaleza violenta de Tancredo Linares, es lo que, con una mezcla de horror e intriga, Ángel cree, en algunos momentos, reconocer en sí mismo y esto será el motor que alimente su deseo por investigar más sobre el pasado de este oscuro personaje, a quien el resto de los compañeros del ladrillar desprecian.

Uno de los temas recurrentes en ambas novelas de Peramo es el tema de la violencia y su conexión con la masculinidad. Este escritor, con experiencia anterior en la ficción infantil y juvenil, sitúa a los personajes masculinos de su narrativa para adultos bien en la adolescencia (*Me refiero a los Játac*), bien en la primera juventud (*Media vuelta de vida*); es decir, los personajes se encuentran en un momento de transición, nostálgicos de la autenticidad vivida en una etapa infantil ya perdida, pero sin haber resuelto quiénes quieren llegar a ser como adultos. La violencia surge en este contexto como una parte integrante del ritual adolescente de la masculinidad. Este es uno de los aspectos quizá más interesantes de la narrativa de Peramo, ya que lo aborda de una forma que le permite revelar la intensa complejidad del asunto. Sus personajes no resultan ni amables ni odiosos, ni héroes ni antihéroes, sino seres perdidos y desencantados por el fingimiento y la impostura que ven a su alrededor, por esa aceptación resignada de las vidas rutinarias y grises que llevan sus padres o los adultos que les rodean y de las que, en principio, no parece haber escapatoria posible. Esta desazón adolescente permite al autor también mostrar su talento compositivo. Es este un relato realista, compuesto de diálogos ágiles y de una prosa descriptiva que, en ocasiones, raya lo brutal. En esta novela se apuesta por una narración sincera, a través de la cual Peramo presenta la construcción de la identidad masculina en toda su complejidad, como un proceso en el que tienen mucha importancia, por supuesto, las relaciones familiares y sociales, pero que también está marcado por fuertes pulsiones biológicas y en el cual sexualidad y agresión, a veces, se entrelazan. De esta manera, las demostraciones de virilidad de Ángel, su rabia e inadaptación a las circunstancias que

está viviendo, aparecen como manifestaciones externas de fuerza de un sujeto que interiormente se halla muy perdido. Esto, por supuesto, tiene dramáticos efectos en su relación con las mujeres. Por ejemplo, Belén, su novia, se presenta como una joven muy segura de sí misma y de lo que quiere frente a un Ángel completamente desorientado y perdido. La resolución con la que Belén encara su futuro es proporcional a la frágil e inestable subjetividad de Ángel, quien, en ocasiones, llega a extremos de agresión inquietantes.

En los últimos años han proliferado las investigaciones y el interés académico sobre la construcción de la masculinidad y los factores que entran en juego en la constitución de la misma. En este sentido, las novelas de Carlos Peramo suponen una interesante incursión al mundo de la condición masculina o, mejor dicho, sobre aquello que se ha venido en llamar la “crisis de la masculinidad”, ya que sus personajes se encuentran envueltos en un mundo de espejos que les remiten modelos de masculinidad inadecuados y que no representan un patrón válido a seguir. Tanto padres, curas, como compañeros de trabajo o de juergas aparecen encarnando identidades desvirtuadas por uno u otro motivo ante los ojos de los protagonistas, que no hallan más guía que la que les ofrece el grupo inmediato de amigos. Se vincula así esta temática con la que presentan otros narradores peninsulares como Javier Cercas en las *Las leyes de la frontera* o Juan Marsé en *Últimas tardes con Teresa*, por poner dos ejemplos de novelas en las que también se narra desde una óptica masculina mundos en transición y en las que se representa una sociedad en la que los valores antiguos han perdido vigencia, pero los nuevos no se encuentran plenamente consolidados. Como los escritores mencionados, Carlos Peramo también es un narrador eficaz, capaz de captar en sus narraciones la época pre-tecnológica de los ochenta donde todavía había que gustarse no en Facebook sino en la vida real. Para recrear esa época, el escritor incluye detalles que los que fuimos jóvenes en la España de los ochenta reconoceremos enseguida. Así, aparecen referencias al plan de estudios “BUP”, las clases de pretecnología, los cigarrillos *Bisonte*, discos de vinilo con caras A y B, la *Electric Light Orchestra*, coches con radiocasete o televisores con emisión en dos cadenas, entre otros. La narración es efectiva tanto en la inclusión de estas observaciones que ayudan a recrear una época con verosimilitud, como en la introspección y atención al mundo emocional del protagonista. Al mismo tiempo, Peramo es capaz de mantener el pulso de

una trama cuya intriga mantiene al lector en vilo hasta el final, hasta esa *media vuelta* que conseguirá Ángel finalmente dar a su vida. Solo en algunos momentos encontramos que el volumen de detalle ralentiza un poco el ritmo de la narración, pero, en general, *Media vuelta de vida* no se conforma con contar una historia bien, con originalidad y cuidando el estilo, sino que invita a reflexiones profundas sobre temas éticos y sobre la condición humana. Supone por ello una lectura que, creemos, no defraudará al lector exigente.

CRISTINA ORTIZ CEBERIO
ANLE y Universidad de Wisconsin-Green Bay

Picardo, Osvaldo. *21 gramos*. Buenos Aires: Ed. En Danza, 2014, 92 p. ISBN: 978-987-1869-21-3

*Aunque el poema sea largo,
la tendencia tiene que ser a simplificar.
Hay que matar una palabra por día.¹*
JOAQUÍN GIANNUZZI

“Matar una palabra por día” es la premisa de Giannuzzi que mejor sintetiza el modo de concebir la escritura en el último libro de Osvaldo Picardo. *21 gramos* se presenta, ya desde su título, como un relato en verso de la pérdida, del despojo, del espacio y el movimiento entre aquello que está y lo que se va. El epígrafe del libro nos dirige directamente, como lectores, al lenguaje cinematográfico a través de la referencia al film de González Iñárritu centrado en la no probada teoría sobre el peso del alma. Esta vinculación con otros lenguajes resulta una clave de lectura fundamental para ingresar al texto, pues el diálogo tanto con el universo de la literatura (“La mirada de Ulises no vuelve con Ulyses”) como con el de la pintura (“En *La Anunciación* de Lorenzo Lotto hay más de dos silencios”) o el de la filosofía (“Los puercoespines de Shopenhauer no saben amar”) es una constante en el poemario.

¹ Saavedra, Guillermo (2012) “Conversación con Joaquín Giannuzzi” en *La estafeta del viento*. La revista de poesía de la Casa de América. Segunda época. Edición digital 24/01/2012 <http://www.laestafetadelviento.es>